

espíritu? El poder temporal es un medio de acción sobre el mundo para conservar y propagar la fe; ahora bien, el mundo ignora que tiene un Papa por Soberano. Los pueblos mismos que están sometidos á su dominación sufren su yugo con impaciencia; solamente las bayonetas extranjeras sostienen el poder temporal del obispo de Roma. El poder espiritual y temporal constituyen la soberanía; la soberanía ha pasado á las naciones; no hay, pues, ya Pontificado.

Cuando la Iglesia decae, decae también la religión, porque en el catolicismo la Iglesia y la religión se confunden. La decadencia, ó si se quiere, la transformación de las creencias, data de antiguo; se remonta hasta la Edad Media. En el siglo xv agitaba los espíritus un soplo de incredulidad; penetró en el santuario y hasta en los palacios de aquellos que continuaban llamándose los vicarios de Cristo, por más que no creyesen en el Hijo de Dios. Se necesitó una revolución para reanimar la fe cristiana. Los protestantes se atribuyeron la misión de volver al cristianismo primitivo, y la reacción católica se esforzó en dar una vida nueva á la vieja ortodoxia. Pero no se resucita el pasado; los reformadores que querían volver á la fe de los primeros siglos, dieron un paso fuera de la religión tradicional; por su parte, los reaccionarios, á fin de hacer aceptar la fe ortodoxa á generaciones que no tenían ya ni las necesidades, ni las ideas de la Edad Media, se vieron obligados á acomodarse á las tendencias de la humanidad moderna. La revolución religiosa del siglo xvi condujo, pues, á una transformación del cristianismo histórico. Tal es el espectáculo á que vamos á asistir; es el resultado más notable de la lucha del catolicismo y de la Reforma.

CAPITULO II.

LA RELIGION.

SECCION I.—TRASFORMACION DEL DOGMA CRISTIANO.

§ I.—El Protestantismo.

N.º 1.—El Luteranismo.

I.—El luteranismo ortodoxo.

El fin que los hombres se proponen en sus ardientes luchas no siempre es aquel á que la Providencia los conduce. Limitados en su prevision y ciegos por sus pasiones, rara vez echan de ver las últimas consecuencias de los principios que los mueven á obrar. Léjos de afligirnos por esta pequeñez de nuestra razón, debemos bendecirla como una gracia divina, como el instrumento providencial de nuestro perfeccionamiento. Si tuviéramos en todos los casos á nuestra vista los últimos resultados de nuestros esfuerzos, la mayor parte de las veces retrocederíamos espantados, y en lugar de lanzarnos con confianza y audacia en medio del combate, permaneceríamos inmóviles y preferiríamos lo pasado con todas sus miserias á un porvenir que contraría nuestros errores y nuestras ilusiones. Así sucedió con los reformadores del siglo xvi. El protestantismo, dicen hoy sus apologistas, es la libertad en el ter-

reno de la fe y del pensamiento, y en realidad los protestantes más avanzados no difieren de los libres pensadores más que por el nombre y por formas insignificantes. Pero si éste es el protestantismo del siglo XIX, no era este el luteranismo de los siglos XVI y XVII. Si se quisiera caracterizarlo desde el punto de vista de las tendencias actuales de la humanidad, habría que decir que era la negación de toda libertad; y es preciso confesar que este espíritu hostil á la libertad de la razón procede del jefe de la insurrección, de Lutero mismo. Este es un triste testimonio de la debilidad humana, pero en lugar de desanimarnos, debe fortalecernos; porque si vemos que el hombre es débil, también vemos que Dios le guía, y si la Providencia dirige nuestros destinos, podemos resueltamente seguir el impulso de nuestra conciencia y entrar en los inciertos caminos del porvenir, seguros como estamos de que Dios nos ha de conducir á buen puerto.

Después de haber rechazado la autoridad de la Iglesia, Lutero, alma sinceramente cristiana, se aferró más que nunca á la Sagrada Escritura; creyó que la palabra de Dios sería para la fe un baluarte inexpugnable. Pero su buen sentido le dijo que para conservar la fe en su sencillez, era preciso ponerla al abrigo de los ataques de la razón; conoció que si se entregaba la Escritura á las interpretaciones del hombre, ni un artículo de la creencia cristiana quedaría en pie, porque confesaba «que no había uno que no estuviese por encima de la razón» (1). De aquí esos ataques violentos contra la razón que nos da vergüenza transcribir: «Es la esposa del diablo, es una prostituta, una abominable p...a de Satanás, una sarnosa, una asquerosa y repugnante p...a, á quien se debiera pisotear y destruir con toda su sabiduría; á la cual, para hacerla más desagradable, se debiera arrojar m...a al rostro, y que merecería, la muy abominable p...a, ser relegada al último rincón de la casa, á las letrinas» (2). Estas groseras injurias no eran puros accesos de mal humor contra los racionalistas de aquella época; toda la doctrina del gran reformador rechazó la razón, la libertad, y en general el elemento humano. El catolicis-

(1) LUTHER, *Wider die himmlischen Propheten*.
 (2) DOELLINGER, *La Reforma*, t. I, p. 453.

mo atribuía al hombre parte en su salvación, aún cuando se valía de ello para explotarlo. Lutero, por el contrario, enseña que solamente la fe justifica, y la fe es un don de Dios; el que no la tiene no puede salvarse, aún cuando tuviera la caridad de San Pablo; mejor dicho, no teniendo fe, no puede tener caridad; todas sus acciones, aún cuando virtuosas en apariencia, son viciosas, son obras del demonio (1). ¿Qué es el hombre en este sistema? El instrumento, y aún pudiéramos decir el juguete de Dios; se cree libre, pero desde el punto de vista de Dios, lo que hace está predestinado desde toda la eternidad (2). El reformador, á quien se quiere representar como un revolucionario, como un hombre de libertad, escribió un tratado de *Servo arbitrio*, en el cual anula al hombre y lo atribuye todo á la acción de Dios.

Sin embargo, Lutero, haga y diga lo que quiera, es un poderoso revolucionario; la grandeza de su alma puede más que la estrechez de su teología. Sus discípulos heredaron su fe, pero no su genio; se llamaron luteranos para dar á entender que tomaban su doctrina al pie de la letra. A fines del siglo XVI, un profesor de la Universidad de Helmstaedt declaró una guerra en regla á la razón; la llamó obra de Satanás y de la carne; proclamó que no había nada de común entre ella y la Teología, pidió que la Filosofía fuese exterminada de las Universidades. ¿Cuál era la causa de tan furiosa cólera? Á medida que se desarrolló la Reforma, se fué comprendiendo la exactitud de la antinomia señalada por Lutero; una cosa podía ser verdadera en Teología y falsa en Filosofía. Siendo la razón enemiga de la fe, era urgente divorciarlas, por temor de que la Filosofía arruinase á la religión (3).

Los luteranos ortodoxos tuvieron cuidado de ahondar el abismo que abre el cristianismo tradicional entre la razón y la fe. Aun cuando la doctrina del pecado original, tal como Lutero la había desarrollado, anulaba la libertad, no satisfacía ya á sus sucesores: éstos sostuvieron que el pecado original formaba la sustancia del hombre, de suerte que, en vez de ser la imagen de Dios, el hom-

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 34, notas 1 y 4.

(2) LUTHER, *De servo arbitrio*.

(3) SAINTES, *Historia del racionalismo en Alemania*, p. 54 y sig. — BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Hoffman*.

bre se convertía en imagen de Satanás (1). Lo mismo sucedió con el dogma de la Eucaristía. Para estar bien seguros de recibir á Dios en el pan y vino, imaginaron la *ubiquidad* del Cuerpo de Jesucristo, nuevo absurdo añadido á todas las tonterías que se deducen lógicamente de una creencia absurda: siendo Cristo á la vez hombre y Dios, ¿por qué el hombre no había de participar en él de la naturaleza divina? y si la Divinidad está presente en todas partes, ¿por qué no ha de suceder lo mismo con el Cuerpo en que esta Divinidad se ha encarnado? (2). En fin, para desterrar por completo á la razón del terreno de la fe, los discípulos de Lutero llevaron hasta sus últimas consecuencias la doctrina del reformador relativa á la autoridad de la Escritura. Conocían que si daban el menor acceso á la crítica, todo el edificio de la Reforma se venía abajo, porque no tenía más base que los libros santos; era, pues, preciso que todo fuese en ellos revelado y divino, todo, hasta los puntos y las comas (3). Lo que dice San Pablo de su manto es revelado y divino, lo mismo que lo que dice de la doctrina cristiana. Los evangelistas y los apóstoles no han sido más que los instrumentos del Espíritu Santo, que les ha dictado cuanto han escrito. Pero los sabios encontraron en el texto de la Biblia, unos, faltas de lenguaje y de estilo; otros, errores históricos ó geográficos. En la teoría de la *inspiración* será preciso decir, pues, que el Espíritu Santo no sabía griego y que ignoraba lo que hoy saben los niños. Los teólogos salieron del paso negando, como acostumbran los ortodoxos; pero, por más que negaron, la ciencia prosiguió su obra de demolición, hasta que quedó bien demostrado que la razón y la revelación son incompatibles (4).

Hé aquí algunos rasgos del dogma luterano; excluye todo uso de la razón, toda manifestación del libre pensamiento. Los reformadores se habían levantado contra la Iglesia católica, contra la tiranía de los papas; la Reforma era, pues, en su esencia, la insurrección del libre pensamiento contra la autoridad, que se llamaba divina, de los sucesores de San Pedro. Pero los luteranos

- (1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 38, nota 20.
 (2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 37, nota 43.
 (3) QUENSTEDT, *Theolog. didact.*, t. I, p. 71.
 (4) STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 122 y sig.

ortodoxos, sin dejar de considerar á Roma como una nueva Babilonia, y al Papa como el Antecristo, no se proponían reemplazar la tiranía intelectual con la libertad. Si se compara la destemplanza intolerancia y el aire imperativo de ciertos teólogos protestantes de los siglos XVI y XVII con los Gregorios VII y los Inocencios III, observa uno con sorpresa que echa de ménos á los grandes papas de la Edad Media (1). ¡Ay de aquel que deseche uno de los mil absurdos del catecismo luterano! Negar la *ubiquidad* era un crimen de Estado, que llevaba consigo infaliblemente la destitución y el destierro. Hoy las universidades protestantes son el centro de la libertad intelectual; en el siglo XVI se destituía á los profesores de matemáticas y de astronomía que se negaban á firmar el *Libro de la Concordia*. La ciencia es la gloria de la Alemania protestante; en los primeros siglos de la Reforma la enseñanza protestante no era mejor que la de los jesuitas; se limitaba al latín y un poco de griego; ningun desarrollo del pensamiento, ninguna aspiración hácia la región del ideal, que tanto atractivo tiene para la raza alemana; toda innovación filosófica era rechazada como sospechosa de calvinismo. Nada más pequeño, nada más falso que las concepciones históricas de los luteranos que discurrían bien. Aceptaban los primeros siglos del cristianismo, pero en cuanto aparecía el Pontificado en la escena del mundo, comenzaba el reinado del Antecristo, toda era fraude y violencia: el mal dominaba en absoluto, hasta que la Reforma vino á renovar la fe primitiva de los discípulos de Cristo (2).

Tal era el estado intelectual de la Reforma en los siglos XVI y XVII. Si la religión floreciera á medida que se rebaja la razón, la Alemania luterana hubiera visto renacer los buenos tiempos del cristianismo. Pero la experiencia de los siglos confirma lo que la naturaleza de las cosas demuestra, que donde falta la inteligencia, es imposible que el sentimiento religioso no se altere ó falsee. ¡Cosa singular! El luteranismo sentía un horror profundo hácia la Edad Media y hácia las tinieblas que cubrían á la cristiandad bajo el reinado del antecristo romano; sin embargo, bajo su in-

- (1) Esta es la opinión de MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. VIII.
 (2) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 200, 222, 94-124.

fluencia, se abrió una nueva Edad Media en Alemania. Vióse el mismo formalismo dialéctico, la misma casuística, la misma logomaquia, con la diferencia de que la escolástica fué ilustrada por grandes genios, al paso que los teólogos luteranos fueron todos presuntuosas medianías. Por lo demás, el verdadero sentimiento de la religión parecía ahogado entre aquellas secas y estériles disputas: «Se prefiere, dice un contemporáneo, explicar la Trinidad á adorarla; se prefiere demostrar la ubiquidad de Jesucristo á hacer oración; se prefiere describir la penitencia á practicarla; se prefiere hablar contra las obras á hacer actos de caridad. La religión es una ciencia que no tiene más relación con la vida real que la lógica y la metafísica. Se elogia como buen cristiano al que mejor maneja el silogismo en las discusiones de la escuela; mientras que los que prescinden de estas vanas controversias para vivir como vivían los discípulos de Cristo, son considerados como herejes é hijos de Satanás» (1).

II. — Melancton y los sincretistas.

El luteranismo parece ser un reto á la razón, en lugar de ser la inauguración del libre pensamiento. Sin embargo, es cierto que el racionalismo, es decir, el imperio de la razón llevado hasta la negación de la fe, procede de la Reforma (2). ¿Cómo explicar esta aparente contradicción? Lutero tuvo discípulos menos rigurosos, menos lógicos que los Flacio Ilirico, los Heshusius y los Hunnius. Entre ellos brilla en primer término, como jefe de escuela, el dulce Melancton. Bossuet le critica por ser un humanista más bien que un teólogo. Esta acusación hace la grandeza del amigo de Lutero: el genio humano de la Grecia templó en él lo que el espíritu teológico tiene de áspero y de exclusivo. Al pronto el joven literato se dejó seducir por su maestro; arrastrado por su autoridad, adoptó todas sus ideas sobre el arbitrio esclavo, sobre la predestinación, sobre la presencia real. Afortunadamente no era

(1) GIESELER, t. III, 2, § 49, nota 19.—AD. MENZEL, t. VI, p. 7.
(2) SAINTES, *Historia del racionalismo*, p. XI.

un teólogo puro; acabó por separarse del despotismo de las ideas luteranas. Su buen sentido le dijo que, á pesar del pecado original, el hombre era un ser libre; se rebeló contra una doctrina que acababa por hacer á Dios autor del pecado y que hasta ejercía una funesta influencia sobre la moralidad de los fieles. Melancton abandonó á San Agustín para volver á la enseñanza más blanda de los Padres griegos (1). Abandonó también el grosero concepto que los luteranos formaban del misterio de la Eucaristía; sin negar la presencia real, dió preferencia, como los Suizos, al elemento espiritual de la comunión. Calvino escribe á Farel: «Felipe es de los nuestros, piensa en todo como nosotros» (2). No era esto una vana disputa, como lo creen hoy espíritus incrédulos ó indiferentes: era la lucha entre un cristianismo que, encadenado á la letra de la Escritura, desafiaba al buen sentido, y un cristianismo espiritual que trataba de conciliar el dogma cristiano con la razón.

Melancton encontró partidarios, sobre todo entre los literatos. Grande fué la cólera de los luteranos ortodoxos cuando vieron á uno de los primeros reformadores, al amigo de Lutero, abandonar sus doctrinas para aproximarse al odioso Calvino; á sus ojos era una verdadera apostasía. Persiguieron con su odio á los *filipistas*, llamando calvinistas á todos los que se salían de la estrecha ortodoxia de la fe protestante. Los *filipistas*, acosados, abrazaron francamente el calvinismo. Sin embargo, los discípulos de Melancton no participaban completamente de las ideas de Calvino. El reformador de Ginebra, cuya inteligencia tenía el rigor del legista, aceptó las fórmulas de San Agustín con todas sus consecuencias, por absurdas que fuesen. Los *filipistas* no habían abandonado los absurdos de Lutero para abrazar los absurdos de Calvino; no reconocían en los primeros reformadores más que una misión de destrucción, y creían que correspondía á Melancton la tarea de fundar la nueva doctrina (3). A juzgar por los ataques de los luteranos ortodoxos, la tendencia de los nuevos luteranos era á salir del cristianismo tradicional; los acusaban de abrir la

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 36, nota 12.
(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 36, nota 20.
(3) DOELLINGER, *La Reforma*, t. I, p. 433.

ba más que sobre sutilezas teológicas. Los discípulos de Calvino, lo mismo que los de Lutero, aceptaban los dogmas fundamentales del cristianismo; ni unos ni otros pensaban en alterar la religión tradicional; todos querían volver á la fe primitiva. Su discordancia no versaba más que sobre el dogma de la Eucaristía. Los calvinistas admitían el sacramento de la cena, veneraban el misterio de la presencia real de Cristo, no diferían de los luteranos más que en la explicación de una cosa inexplicable. Aunque fútil en apariencia, el objeto de la excisión era considerable en el fondo. El luteranismo era en cierto modo la continuación del catolicismo sin el Papa, al paso que el calvinismo inauguró el elemento racional de la reforma.

La doctrina católica, cifrándose á la letra de la Sagrada Escritura, enseña que Jesucristo está presente en carne y hueso en el sacramento de la Eucaristía, y que el pan y el vino se cambian en su cuerpo y en su sangre por medio de un milagro que se repite todos los días: de aquí la transubstanciación, palabra tan bárbara como absurdo es su significado. Si la Iglesia consagró tan extraña concepción, fué porque vió en ella un medio excelente de dominación: ¿no es un sér sobrenatural el sacerdote que por el poder de su palabra hace á Dios, como decían en la Edad Media? El abuso á que daba lugar este pretendido misterio hubiera debido ser para los reformadores una razón suficiente para desecharlo. Así lo hizo uno de los espíritus más atrevidos de la Reforma. Zuinglio dijo que la adoración de Jesucristo bajo la forma de pan era una idolatría, una impostura del diablo. Los católicos habían materializado el misterio, los suizos lo espiritualizaron; ya no se trata de comer á Dios con los dientes, sino de unirse á Dios por el espíritu y de creer en la regeneración de la humanidad por la muerte de Jesucristo. Lutero confiesa que hubiera querido aceptar esta idea, aunque no fuese más que por llevar la contra á la superstición católica, pero no se atrevió á desatender aquellas famosas palabras: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*; admite, pues, la presencia corporal de Jesucristo, á la vez que niega el cambio de sustancia.

Tampoco Calvino aceptó la doctrina de Zuinglio, porque destruía el misterio, á fuerza de espiritualizarlo; pero se separó tam-

bien de la opinión del reformador alemán, que le parecía demasiado católica; para conciliar á los partidos extremos, adoptó una interpretación de justo medio. De aquí las contradicciones del calvinismo sobre este punto capital de la fe cristiana. El misterio subsiste, Cristo está presente, pero para recibir su cuerpo y su sangre, no basta comer el pan y beber el vino, se necesita la fe; cuando el que comulga tiene fe, el sacramento le proporciona más que una satisfacción espiritual; el fiel se une realmente con Dios. Parece que estamos en pleno luteranismo, pero no es así, porque como el cuerpo de Cristo no se comunica al fiel sino mediante la fe, no hay, á decir verdad, presencia real, palpable, Calvino confunde, en cierto modo el cuerpo y el espíritu, hasta el punto de que llama al cuerpo de Cristo una cosa espiritual. La contradicción es patente. No hay término medio posible entre la presencia real de Lutero y la satisfacción espiritual de Zuinglio. En realidad Calvino se aproxima á la manera de ver de los Suizos, mucho más que á las de los luteranos y de los católicos; el elemento milagroso de la presencia corporal de Cristo es sustituido por una concepción espiritual. Sin pensarlo, Calvino se hallaba en la pendiente del racionalismo (1).

Los controversistas católicos lo echaron de ver desde el siglo XVI. En la conferencia de Poissy el cardenal de Lorena insistió en la oposición de la razón y de la fe. « Los misterios, dice, requieren necesariamente la fe, no admiten la razón. Piden un simple creyente y rechazan un curioso disputador. Es preciso, pues, creer simplemente lo que no se puede investigar con resultado. Creamos en el Señor, y obedezcámosle en todo y por todo; no salgamos ahora diciendo que lo que nos dice parece absurdo, inconveniente, contrario á nuestros sentidos y pensamientos » (2). Los calvinistas se defendieron de estas censuras de racionalismo, pretendiendo que su opinión se apoyaba en la Escritura á la vez que en la razón. Pero, como dice *Bossuet*, « lo que principalmente movía á los reformados á combatir la doctrina luterana y católica de la presencia real, es que obliga á admitir prodigios, que

(1) STRAUSS, *Die christliche Glaubenslehre*, t. II, p. 588 y sig.

(2) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, t. I, p. 542-546.

trastorna las leyes de la naturaleza, la esencia de las cosas, y nos hace comer carne humana; invocaban ciertamente la Sagrada Escritura, pero lo que les chocaba y lo que los decidía era la razón. Al paso que la doctrina católica se cuida poco de su conformidad con la razón y con los sentidos, los calvinistas no podían resolverse á creer cosas que tanto repugnaban á la razón, y siempre acababan diciendo: yo no veo más que pan. ¿Cómo puede estar un cuerpo humano en dos lugares y en este espacio? Siempre resabios del razonamiento humano» (1).

Bossuet tiene razón al decir que la doctrina católica de la Eucaristía está perfectamente conforme consigo misma; es consecuente en el absurdo, y si los hombres estuvieran todavía dispuestos á creer en un dogma *porque es absurdo*, deberían volver á la Iglesia que considera como un mérito el contrariar la razón. Pero se acercan los tiempos en que el mundo no querrá creer más que lo que está conforme con la razón. La gloria de Calvino consiste precisamente en lo que los ortodoxos creen un crimen, en haber dado entrada á la razón en los dominios de la fe. No era una gran concesión, pero la razón, una vez admitida en el seno de la religión, sabrá conquistarse el lugar que le corresponde. Es un principio de disolución que no dejará en pié nada de lo que hay de milagroso en el cristianismo tradicional.

¡Cosa singular! El calvinismo que rechazaba el misterio de la presencia real, porque la razón humana, como dice Bossuet, no lo admite, destruía por otra parte la esencia del hombre, negándole la libertad. En la cuestión del pecado original, Calvino se mostró más lógico, y por consiguiente más absurdo que el catolicismo: extremando la doctrina de Agustín, llegó á decir que lo mismo los condenados que los elegidos estaban predestinados, lo cual equivale á hacer remontar á Dios el origen del mal. Esto era aniquilar al hombre, lo mismo en su razón que en su libertad. Pero al poner patentes las inadmisibles consecuencias que encierra el dogma de Agustín, el calvinismo provocó una violenta reacción contra la creencia fundamental del cristianismo tradicional, y por consiguiente contra el cristianismo mismo.

(1) BOSSUET, Advertencia sexta sobre las *Cartas de Jurieu*.— De la *Eucaristía* (Obras, t. XI, p. 387 y 610, edic. de GRENOBLE)

II. — El arminianismo.

Un teólogo reformado dijo al rey Jacobo de Inglaterra «que, si el diablo, príncipe de los espíritus inmundos, hubiese preguntado á los ángeles de su partido qué mentira podría inventar para hacer á Dios odioso á los hombres, se le hubiera respondido que no podía emplear otra más á propósito que los dogmas de Dordrecht» (1). El sínodo de Dordrecht consagró la opinión de Calvino sobre el pecado original, la predestinación y la gracia. Una consecuencia fatal de aquellas creencias terribles es que la inmensa mayoría de los hombres se condenan por la falta de Adán, sin que tengan medio de salvarse; porque sin el auxilio de la gracia el hombre solamente es capaz del mal; y Dios no concede gracia suficiente más que á aquellos á quienes predestina á la salvación; los demás son condenados á muerte eterna. En esta doctrina la libertad no es más que una palabra vana, puesto que el hombre no es libre de hacer bien. ¿Qué es entonces de la religión? ¿Qué es de la sociedad? ¿Puede haber deberes, penas y recompensas para un sér que está predestinado ya al bien, ya al mal? Las leyes religiosas y civiles son un chiste de mal género, si se dirigen á hombres que no son libres de observarlas, y los castigos que se les imponen son crueldades sin objeto. ¿Qué diremos del fuego eterno á que condena Dios á sus criaturas? No es más malo el príncipe de los demonios que semejante divinidad; el más cruel de los tiranos es más justo y más humano que el Dios de los calvinistas (2).

El abismo de absurdos á que conduce la doctrina de Calvino provocó una inevitable reacción en los hombres en quienes la teología no había ahogado aún todo sentimiento de humanidad. Esta revolución venía preparándose en el calvinismo desde el siglo XVI. El catecismo de Heidelberg, escrito en 1563, guarda si-

(1) BRANDT, *Historie van de Reformatie*, t. IV, p. 148.

(2) No hacemos más que resumir la *Apología de los Reformados*, escrita por EPISCOPIUS (Op., t. II, 2, p. 101-105).

lencio sobre la predestinacion; diríase que los discípulos del reformador retrocedieron espantados cuando se trató de formular sus dogmas. Hay más; los reformados alemanes dejan traslucir la esperanza de una gracia universal, porque enseñan que Jesucristo ha sufrido la cólera de Dios por los pecados de *todo* el género humano. La segunda confesion suiza, de 1566, evita tambien hablar de la predestinacion al mal, y para no desesperar á los hombres, tiene cuidado de decir que las promesas de Dios se dirigen á *todos* los fieles (1). La confesion de Segismundo, elector de Brandeburgo, publicada á principios del siglo XVII, revela la profunda modificacion que habia sufrido el calvinismo en Alemania; rechaza decididamente la predestinacion. Si el príncipe alemán abandonó la doctrina de Lutero por la de Calvino, es porque ésta satisfacía más á su razon; el racionalismo calvinista le atrajo; en cuanto á los absurdos dogmáticos que Calvino admitía, ya tuvo cuidado de rechazarlos el elector reformado (2). La Francia, patria del calvinismo, no tardó, segun costumbre, en pasar de un exceso á otro; si hemos de creer á *Boucher*, uno de los más famosos individuos de la Liga, los calvinistas franceses sostuvieron desde fines del siglo XVI que la salvacion es posible en cualquier religion (3). Estas no eran aún más que opiniones aisladas, pero señalan las tendencias de la secta. Un ministro suizo, Samuel Auber, á fuerza de combatir la doctrina calvinista que condenaba á casi todo el mundo, acabó por enseñar la gloriosa herejía de Orígenes, que Dios ha elegido á todos los hombres para la vida eterna (4).

En el siglo XVII estas ideas aisladas tomaron cuerpo, y estallaron en una revolucion religiosa de que fueron teatro las Provincias Unidas. La lucha heróica que habia sostenido la República contra el formidable poder de Felipe II era en el fondo la lucha de la libertad de pensar contra el despotismo religioso. Ahora bien, el pensamiento no puede manifestarse con libertad si no se emancipa de los vínculos de un dogma que mata á la vez la liber-

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 35, nota 67.

(2) AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VI, p. 80-88.

(3) BOUCHER, *Sermones*, p. 39.

(4) BAYLE, *Diccionario critico*, en la palabra *Hunnius*, nota E.

tad y la actividad del hombre; las Provincias Unidas estaban, pues, como predestinadas á inaugurar una nueva era del protestantismo. *Arminio*, que ha dado su nombre á esta fase de la Reforma, merece un lugar entre los grandes hombres que honran á la humanidad. Hay un nombre oscuro que todavía merece mayor gloria, y es *Coornhert*; precedió á Arminio y le inspiró; el iniciador es un espíritu más atrevido y más general que el doctor de Leyden. Ocupémonos de él expresamente.

a.—*Coornhert*.

El nombre que inscribimos entre los más grandes del siglo XVI, no es quizá conocido por ninguno de nuestros lectores. En su patria unos lo han celebrado como un genio divino (1); otros le han condenado como un libre pensador, un impío, un hereje, un libertino, un revolucionario, un enemigo encarnizado de la religion, un hombre sin fe ni ley, un Júdas, un Maquiavelo (2). Perseguido en vida por el ódio de los calvinistas, ha sido desconocido por la posteridad. *Bayle*, el sabio universal, se ha ocupado del oscuro Holandés; pero, aún cuando escribió en el país en que *Coornhert* nació, como ignoraba la lengua en que están escritas todas sus obras, ha tenido que fiarse de referencias extrañas. Así se explica el singular juicio que emite sobre el precursor de Arminio; lo pone en el número de los *entusiastas* y de los *espirituales*. No puede darse idea más falsa de *Coornhert*; es una inteligencia clara, lúcida, que se mueve siempre en la esfera de la realidad y no se extravía nunca como los místicos en un mundo imaginario. Tiene su entusiasmo indudablemente, porque tiene un ideal al cual permaneció fiel, á traves de todas las persecuciones; pero es un ideal que no rechazará el siglo XIX: el libre pensamiento, la caridad, la tolerancia. *Coornhert* es uno de los primeros que han pedido una libertad de conciencia completa, como más

(1) «*Vir divini ingenii*,» dice ADRIANO JUNIUS, Descripción de los Países Bajos (BRANDT, *Historie van de Reformatie*, t. I, p. 768).

(2) COORNHERT, *Theriakel (Werken)*, t. II, fól. 238).